
El Sacro Monte granadino. Un itinerario ritual en la España del XVII

ESPERANZA GUILLÉN MARCOS-M.^a DEL MAR VILLAFRANCA JIMÉNEZ

Nada tan característico de la mentalidad colectiva como el entusiasmo con que, en los momentos en que se plantea cualquier tipo de duda sobre la justificación de sus más íntimas convicciones, son acogidas, en ocasiones lejos de toda lógica, las manifestaciones públicas que aglutinan a la población en torno a una idea que se encuentra, de modo general, intensamente asumida.

Este hecho se plantearía a fines del siglo XVI y primeros años del XVII cuando una serie de acontecimientos, ligados al descubrimiento de las reliquias sacromontanas, movilizó a la práctica totalidad de los sectores ciudadanos. Esto no supondría, sino la explicitación fehaciente del intento popular por defender una situación, que había sido puesta en entredicho, al perder Granada la condición de primerísima fila que ocupara en la jerarquía urbana española durante el quinientos, como símbolo más eficaz del triunfo católico en el último enclave de dominio musulmán.

El momento de prestigiar políticamente la ciudad, de dotarla de los organismos emblemáticos del poder real, ya había terminado, convirtiéndose ésta, en la difusa imagen de una aspiración permanentemente inacabada¹.

En este momento, determinados representantes de la población morisca —se destaca generalmente el papel de Miguel de Luna y Alfonso del Casti-

llo— intentando mejorar sus condiciones sociales, que se habían visto considerablemente despreciadas, o acomodar sus tradiciones religiosas a las cristianas, idearon una doctrina que aparecía providencialmente en unos extraños libros de plomo y en la que se expresaba un sincretismo religioso sobre supuestos que, aunque a veces resultaran ser tremendamente disparatados, fueron capaces de actuar sobre la población como el detonante que hizo estallar la expresión más espontánea y entusiasta de su fervor.

Las peculiaridades étnicas o culturales que convivían amalgamadas en este núcleo urbano llegarían a situaciones de conjunción sin precedentes a través de uno de los fraudes que más polémica levantaron a lo largo de todo el siglo XVII y que viviría aún momentos de reactivación a raíz del falso montaje arqueológico organizado en el XVIII por Juan Flores².

Es abundante la bibliografía que relata la historia de los descubrimientos de la torre Turpiana —alminar de la mezquita que hubo de derribarse en 1588 para construir el Sagrario de la Catedral— y en las cuevas de Valparaiso de 1593³; sin embar-

¹ HENARES CUÉLLAR, Ignacio: *Granada*, tomo IV, pág. 1220, Granada, Excma. Diputación Provincial, 1982.

² ROLDÁN HERVAS, José Manuel: *Juan de Flores y las excavaciones del Albayzín. Arqueología y fraude en la Granada del Siglo XVIII*. Papeles del Carro de San Pedro, núm. 11-12, Granada, 1985.

³ TAYLOR, Rene: «Símbolo y teurgia en el Sagrario de la Catedral de Granada», en *Estudios sobre literatura y arte dedicados al profesor Emilio Orozco Díaz*, tomo III, págs. 437-452, Universi-

go, juzgamos de interés destacar alguna de las consecuencias directas que derivaron de tales hechos, al considerarlos un ejemplo suficientemente expresivo del modo en que actúan los mecanismos del pensamiento contrarreformista sobre la devoción popular.

Heredia Barnuevo, en su *Mystico Ramillete*⁴ narra la vida del Arzobispo Don Pedro de Castro Cabeza de Vaca y Quiñones, máximo defensor de las doctrinas contenidas en los libros plúmbeos y promotor de la construcción de la Abadía en el supuesto lugar donde sufrieron martirio los fundadores de la Iglesia granadina. A través de esta biografía puede seguirse el curso de los acontecimientos ligados al monte ilipulitano durante los años en que dicho don Pedro de Castro ocupara la silla arzobispal.

El descubrimiento de los restos de San Cecilio y sus seguidores, al margen de la doctrina contenida en los plomos asociados a ellos, venía a confirmar la primitiva cristianización de la ciudad y la situación de Ilíberis en el Albayzín. En plena polémica sobre la autenticidad de las reliquias se publicaría en Sevilla, en 1603, un curioso libro, *Diálogo de las cosas notables de Granada*, escrito por Luis de la Cueva, un clérigo que según Francisco Izquierdo era de origen morisco, en el que se intenta, recurriendo a los más peregrinos argumentos, destacar la importancia de Granada como foco principal de cristianización desde la antigüedad romana⁵, llegando incluso a decir que en el Sacro Monte se ofició la primera misa de Europa.

Asimismo, Soto de Rojas, el más claro representante de la poesía barroca granadina, en «El rayo elemental», contenida en *Los rayos de Faetón*, confirma la celebración en la ciudad del Concilio de Ilíberis⁶.

Esta idea de primacía de la Iglesia granadina lleva a frecuentes comparaciones con la ciudad de Roma. Luis de la Cueva, por boca de Tesifón, uno de los personajes dialogantes —que reciben el nombre de los santos ilipulitanos— en la subida a Valparaíso dirá: «Haga Italia ostentación de sus anfiteatros, medallas, y piedras escritas, que todas juntas (delante de las de este sagrado monte) baxaran la cabeça»⁷.

No es tampoco de extrañar que personajes tan destacados en la actividad intelectual granadina del siglo XVII, como el anteriormente citado canónigo del Salvador, don Pedro Soto de Rojas⁸, en la segunda parte del *Desengaño de amor en Rimas*, se refiera, sin sombra alguna de duda sobre su autenticidad, a las reliquias asociadas a la figura de San Cecilio encontradas en la torre Turpiana⁹. En su «Himeneo de San Cecilio y la Santa Iglesia de Granada» establecerá un paralelismo con la ciudad santa:

«Y vos Granada SanteQue como Roma os empinays en montes»

En el *Mystico Ramillete* se destaca la importancia de los hallazgos y su calificación como «un tes-

dad de Granada, 1979. *La Abadía del Sacromonte. Exposición artístico-documental. Estudios sobre su significación y orígenes*, Universidad de Granada, Colegio Mayor San Jerónimo, Granada, 1974. En esta obra se recogen artículos de: José Martín Palma, Miguel José Hagerty, Darío Cabanelas, Ignacio Henares Cuéllar, José Manuel Pita Andrade, Domingo Sánchez-Mesa Martín, Antonio Moreno Garrido, Antolínez, Justino, *Historia Eclesiástica de la Santa Iglesia Metropolitana de Granada*. BERMÚDEZ DE PEDRAZA, Francisco: *Historia Eclesiástica. Principios y progresos de la ciudad y religión católica de Granada...* Granada, Imprenta Real, 1639. HEREDIA BARNUEVO, Diego Nicolás de: *Mystico Ramillete Historico, Chronologico y Panegirico...*, Granada, 1741. En 1863 se reeditó en la imprenta de Sanz. GODOY ALCÁNTARA: *Historia crítica de los Falsos Cronicones*, Madrid, 1868. BONET CORREA, Antonio: «Entre la superchería y la fe: El Sacromonte de Granada», *Historia* 16, núm. 61, págs. 43-55, Madrid, 1981.

⁴ HEREDIA BARNUEVO, Diego Nicolás de: *Op. cit.*

⁵ CUEVA, Luis de la: *Dialogos de las cosas notables de Granada*, Sevilla, 1603... Fol Aiii. Edición facsímil Ed. Azur, Madrid, 1977. Prólogo de Francisco Izquierdo.

«El Monte Santo, donde se dixo la primera missa que ubo en Europa, porque antes de los Apostoles saliessen de Jerusalem y de la tierra santa el hermano de San Juan, y primo hermano de Christo, sabiendo su temprana muerte, vino al Monte Santo de Granada, y lo consagro, con muchas Missas que en el dixo».

⁶ SOTO DE ROJAS, Pedro: «El rayo elemental», en *Los rayos de Faeton*, Fol. 40 (R) 3.^a estrofa.

«La Sierra de lliberia, ya encendida, Las canas peyna el fuego a la nevada Por su concilio santo conocida Por su candor del mundo celebrada»

⁷ CUEVA, Luis de la: *Op. cit.* Fol. G(V).

⁸ Esta figura ha sido profundamente estudiada por Antonio Gallego Morell. Para conocer su vida es interesante el artículo titulado «Biografía del poeta gongorino que acertó en el arte de dar título a sus libros», publicado en *Al ave en vuelo*. Estudios sobre la obra de Soto de Rojas, Universidad de Granada, 1984.

⁹ SOTO DE ROJAS, Pedro: *Desengaño de amor en Rimas*, Poema 29, 2.^a parte fol. 167 (R. y V.), Madrid, 1623. «Himeneo de San Cecilio y la Santa Iglesia de Granada».

timonio irrefragable a la posteridad de los siglos, de ser Granada *uno de los primeros y mas celevres theatros de la Fe Evangelica, regada en esta tierra con la sangre fecunda de tanto glorioso Martyr, que con sus cenizas y Reliquias venerables la dexaron sembrada en la fertil tierra de aquellas religiosas Grutas...*¹⁰.

Como puede verse, de lo dicho hasta ahora se desprende la importancia otorgada a la autenticidad de los restos como clave para la autoconciencia popular de la primacía de la ciudad, por antigüedad, sobre el resto de España.

En cierto sentido, el fraude sacromontano actuó sobre la mentalidad granadina como un pretexto para superar, mediante una asociación con lo trascendente, la situación de decadencia a la que se llegó tras el futuro esplendor que auguraba su papel como ciudad en el siglo precedente.

Soto de Rojas, como un hombre que vive su época, acepta, sin paliativos, estos acontecimientos, y se sumará a ellos cuando renuncie al amor carnal de Fenix:

«La dulce libertad amada abraço, Y en todo absuelto mi mortal processo, Quando el error que cometí confesso, El pecho en penitencia despedaço»¹¹.

Es este sentimiento penitencial el que determinará la subida al Sacro Monte como un acto que va a adquirir los tintes de un auténtico viaje iniciático, una vía de purificación privada que se manifestará bajo la vistosa imagen de un itinerario público.

Como narra Heredia Barnuevo, desde 1595, año en que se descubren los restos de los mártires ilipulitanos «...*commuevese el Granadino Pueblo con la noticia de tal hallazgo, corriendo la voz por todo el Reyno. Empieza Dios a acreditar ser esto cosa suya con repetidos milagros. Amaneze puesta una Cruz en lo alto del Monte, sin que pudiesse investigar la diligencia humana del Author de ese hecho. Conspiran a la vista de este prodigio con devota emulacion a colocar alli cruces, no solo todas las Cofradías, Congregaciones, y Gremios de toda la Ciudad, ni solo los Pueblos, y Lugares, mas tambien Ciudades y Provincias muy remotas, aun de fuera de estos Reynos, en-*

viando Comissarios que señalassen sitios donde fixar sus cruces...»¹². Al mismo pasaje se referirá José de Ramos López en *El Sacro Monte de Granada*, obra publicada en Madrid en 1883, quien también da cuenta de esta particular expresión de religiosidad.

En 1602, Gregorio López Madera en *Historia y discurso de la certidumbre de las reliquias, laminas y profecía descubiertas en el Monte Santo...* escribe lo siguiente: «...*dentro de pocos dias se movieron muchas personas devotas, á llevar, y fixar en aquel monte algunas cruces y como era Dios el movedor, saco una nueva invencion, no conocida en otro algun santuario del mundo, que fue poblar, como un monte arbolado, todo aquel sagrado sitio, y los cercanos de mucho numero de ellas moviendose a un mismo tiempo las parrochias, las religiones, los lugares cercanos, y aun apartados, los oficios, los barrios y otras comunidades; y hasta los niños mas pequeños a llevar cruces, y dedicarlas a la devoción de aquel Santuario...*»¹³.

Esta práctica de organizar peregrinaciones para situar cruces en el Monte Sacro, por la singularidad que revistió, se encuentra descrita en la mayor parte de la bibliografía referida a los sucesos de Valparaiso: «...*Este fue un deseo de honrar, y venerar este Sitio, que todo el pueblo concibio, y que rompio en llenar de cruces el Sacrosanto terreno, los nobles, los ricos, y todopoderosos particulares, hacian a su costa levantar altas, corpulentas y bien labradas cruces, los Gremios, las Cofradías, y las Comunidades se excedian unos a otros con emulacion santa, y hasta los pobres que no podian suportar los gastos, hacian sus cortas dones en Cruces de madera, de suerte, que en muy pocos meses, no avia palmo de tierra en todo el Monte, donde no hubiese una Cruz...*»¹⁴.

La masiva instalación de cruces, junto al hecho de que no se hubiese pronunciado la sentencia sobre la autenticidad de los hallazgos, obligaron al Arzobispo don Pedro de Castro a prohibir estas manifestaciones y cercar el lugar. «*Y pusose todo el cuydado en lo que mas importava, que eran las averiguaciones para aclarar la verdad*»¹⁵.

¹² HEREDIA BARNUEVO, Diego Nicolás de: *Op. cit.*, pág. 17.

¹³ LÓPEZ MADERA, Gregorio: *Historia y discurso de la certidumbre de las reliquias, láminas y profecía descubiertas en el Monte Sacro...*, Granada, 1602, fols. 5(V)-6(R).

¹⁴ VELÁZQUEZ DE ECHEVARRÍA: *Paseos por Granada y sus contornos*, tomo I, 1765-1766. Paseo XXIX, págs. 165-166.

¹⁵ LÓPEZ MADERA, Gregorio: *Op. cit.*, fol. 6.

¹⁰ HEREDIA BARNUEVO, Diego Nicolás de: *Op. cit.*, pág. 31.

¹¹ SOTO DE ROJAS, Pedro: *Desengaño de amor en Rimas*, fol. 139 (V).

Pese a la prohibición, como señala Heredia Barnuevo, la población «inventó nuevos ardidés, para venerar con estaciones de penitencia aquel sitio»¹⁶, siendo la Duquesa de Sessa, doña María de los Cobos y Mendoza, una de las más destacadas promotoras, al presidir una comitiva compuesta por las principales señoras de la ciudad que se dirigieron en ascensión penitencial al Sacro Monte. Del mismo modo, las principales comunidades religiosas, revestidas de todo el ornato exigido por el protocolo, organizaron las rituales visitas a los mártires ilipulitanos¹⁷.

La Iglesia Abacial del Sacro Monte, dirigida por el maestro mayor de obras del Arzobispo, Ambrosio de Vico, fue edificada entre 1609 y 1610, quedando interrumpido el resto del complejo a causa del traslado a Sevilla del Arzobispo don Pedro de Castro, para continuar la construcción, a principios del XVIII, el también Arzobispo don Martín de Ascargorta, a quien se debe el comienzo del Sagrario de la catedral, que refleja en su programa, como ha estudiado Rene Taylor, el impacto que le causaron la figura de su antecesor y las doctrinas concepcionistas por éste defendidas¹⁸.

La construcción de este complejo abacial en el Sacro Monte supondría la institucionalización definitiva del lugar, ocupado hasta entonces por un pequeño edificio que había sido ordenado levantar con el único objeto de mantener las reliquias a salvo de devotos poco escrupulosos.

La tradición franciscana de honrar procesionalmente los santos lugares llevaría a la petición, por parte de la Orden de Terceros, al Arzobispo de for-

malizar una vía crucis que realizara su itinerario las noches de todos los viernes del año¹⁹. A la devoción de esta orden laica se debería la edificación de la Ermita del Santo Sepulcro, ante la que en 1636, dichos Terceros colocarían otra cruz de piedra atribuida a Alonso de Mena²⁰.

De las cruces instaladas en el Sacro Monte, pocas resistieron el paso del tiempo, cabiendo poner de manifiesto que algunas de ellas fueron quitadas por decisión explícita del Arzobispo y que otras soportaron mal, por la caducidad de sus materiales, las inclemencias climáticas o el simple discurrir de los años. Henríquez de Jorquera hace una relación de las cruces más destacadas, entre las que se encuentran las de las villas de Santa Fe e Iznalloz y las gremiales de los hiladores de la seda, ganapanes de las plazas Nueva y Bibarrambra, hortelanos y herreros²¹. De ellas, en la actualidad, sólo cuatro se conservan: la de Iznalloz, la de los cañoneros de la Alhambra, la de los Hermanos de la Natividad de la Madre de Dios y la de los ganapanes o palanquines, mozos de cordel de las plazas granadinas.

El Sacro Monte de Granada se ofreció, en el siglo XVII, como ejemplo manifiesto de recuperación de los rituales de peregrinación que tanta tradición tuvieron en el mundo medieval, y que ahora son de nuevo puestos en vigencia, atendiendo a similares ideales de trascendencia, pero a una muy distinta situación social y urbana.

La ascensión ceremonial al Monte ilipulitano se convierte, para los hombres del XVII, imbuidos en el pensamiento contrarreformista, en la aceptación solemne de una supuesta realidad pasada sobre la que poder fundamentar sus más íntimas creencias y sobre la que formalizar, mediante la expresión de un símbolo exterior, un fervor, en ocasiones desmedido, que justifique algunas de las claves más significativas de su pensamiento.

¹⁶ HEREDIA BARNUEVO, Diego Nicolás de: *Op. cit.*, pág. 17.

¹⁷ «...Da principio a estas demostraciones piadosas la gravísima comunidad de Santa Cruz la Real del Orden de Santo Domingo, subiendo á visitar aquel Santuario, presidiendo el Rmo. Prior Mro. Fr. Gaspar de Cordova, de las ilmas. Casas de los Condes de Cabra, y Duque de Arcos, confesor que fue poco despues del Sr. Phelipe III y de su Consejo de Estado. Postranse todos al descubrir el Santuario, y despues de un gran rato de esta devota postura, suben descalzos á lo alto, y hacen allí prolixa oracion con muchas lagrimas. Imitan su ejemplo en los dias inmediatos las demás Religiones: El Colegio de San Pablo de la Compañía de Jesus con su Rmo. Rector P. Francisco de Quesada, El Conv. de la Sma Trinidad, y su Rmo. Ministro Fr. Juan Carreño...».

¹⁸ TAYLOR, Rene: *Op. cit.* Estudia en el programa iconográfico del Sagrario de la Catedral de Granada las alusiones al dogma de la Inmaculada Concepción y la frecuente aparición de la figura de San Pedro, como derivaciones directas de las doctrinas contenidas en los libros plúmbeos y como un intento por prestigiar paralelamente la figura de Don Pedro de Castro.

¹⁹ HENRÍQUEZ DE JORQUERA, Francisco: *Anales de Granada (1588-1646)*, Edición de Marín Ocete, Granada, 1934, tomo I, págs. 267-68.

²⁰ GALLEGO BURÍN, Antonio: *Granada. Guía artística e histórica de la ciudad*, Edición de la Fundación Rodríguez-Acosta, Madrid, 1961, pág. 495.

²¹ HENRÍQUEZ DE JORQUERA, Francisco: *Op. cit.*, págs. 267-68.

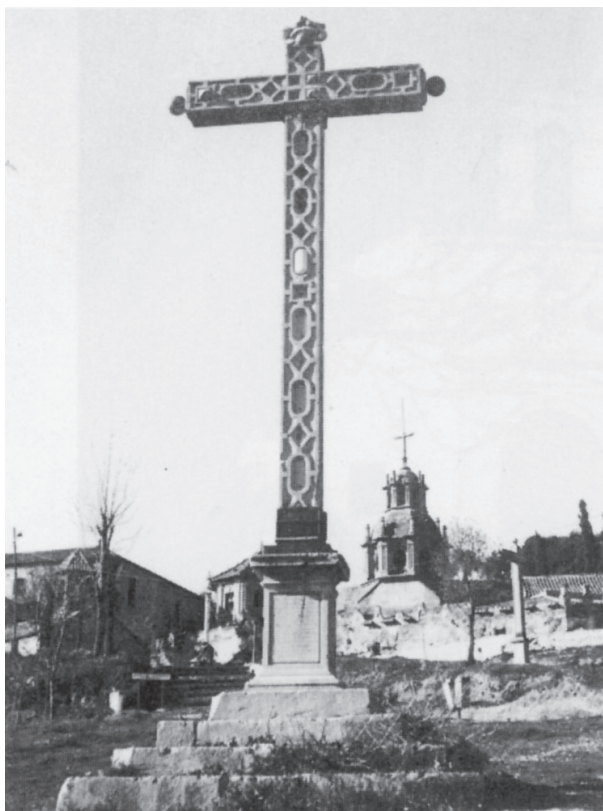


Fig. 2. Cruz de los Ganapanes de las Plazas Nueva y Bib-Rambla.



Fig. 1. Cruz de los Canteros.



Fig. 3. Cruz de Iznalloz.



Fig. 4. Cruz de los Hermanos de la Natividad de la Madre de Dios.



Fig. 5. Ermita del Santo Sepulcro.



Fig. 6. Abadía del Sacromonte.